

Capítulo 21 - Luces pálidas

Respiración estable, la mirada fija en el frente, caminaba como si tuviera una razón para hacerlo.

Le tomó diez respiraciones reunir el valor necesario para salir y atravesar la antesala hacia el salón de baile lleno de cristales rotos, donde se dejó caer pesadamente contra la pared. Con la frente y las palmas apoyadas en la fría piedra, la frialdad lo calmaron momentáneamente, y aun así, le faltó el aire. El pánico era una ciega criatura, un animal cuya furia podía costarte la vida, pero su mente no importaba: giraba en espiral y tras los temblores que comenzaban a recorrer sus extremidades, acechaba algo peor. La imagen de ella desvaneciéndose, de partir y abandonar—

Una mano en su cuello, suave como una pluma.

“Tristán,” susurró Fortuna. “¿Qué ha pasado?”

Sus puños se cerraron. No llores. Llorar era el sonido de los heridos, de los débiles, y ratas que se alimentan de otras ratas, como hacían con todo lo demás. Golpeó la pared con el puño para darle a sus dedos una razón para temblar. Una pequeña, patética parte de él quería preguntarle si era cierto: si ella partiría si era capturado y destruido, si se cansaría o se aburriría y... Tristan trazó esa idea en su mente, como tiza sobre piedra, y la borró. Como le había enseñado Abuela.

El miedo, el dolor y la tristeza no eran más que humores del cuerpo. Manchas en la mente, como tiza sobre piedra. Trácelos, límpialos y sigue adelante, susurraba la voz de Abuela en su oído.

“No fue nada,” logró decir. “Todo fue una treta.”

“La diosa te lastimó,” dijo la Dama de la Alta Probabilidad alejando su mano, con voz fría y distante.

“Me lastimé a mí mismo,” respondió Tristan. “Solo fue para ayudar.”

Se impulsó para levantarse de la pared, ajustó su abrigo y lo colocó en su sitio. Sus ojos estaban secos, aunque sabía que estarían rojos y enrojecidos, y el paladar le ardía por la sequedad excesiva. Fortuna se mantenía cerca, pero sus ojos no estaban en él; en su lugar, seguían el vaivén del techo, como rastreando el vuelo de una mariposa.

Luego se quedó quieta, y de repente, una sensación de frío extremo lo invadió al verla. Ojos dorados y cabellera igual, como una estrella lejana, piel como porcelana y un vestido que parecía una herida abierta. Demasiado de lo que ella era para que el mundo pudiera soportarlo sin temblar.

“Muerte y derrota,” menospreció la diosa. “¿Creías que eran alas, pequeña? Son cadenas que se apretarán lentamente alrededor de tu cuello. Algún día encontraremos la forma de tirar de ellas, y

cuando ese último jadeo desgarrado salga de ti, lo inhalaré con una sonrisa.”

Y en un latido, la amó por eso. Por estar más cerca que una sombra y no simplemente vivir en ella, sino en su interior. Y quizás ella no podía amarlo como un ser humano, no de la misma forma, pero a veces pensaba que era tan cercano que eso no importaba.

Luego, la habitación gimió, tembló, y una parte del techo se desplomó detrás de ellos.

Fortuna aclaró la garganta y cuando él volvió la vista hacia ella, volvió a ser la diosa que conocía, sin rastro de aquella fría grandeza. Un alivio. Le regaló una sonrisa confiada, algo nerviosa.

“Deberíamos, eh, salir de la habitación,” dijo la Dama de la Alta Probabilidad. “Creo que eso quizás lo tomó de manera personal.”

“¿De verdad?” balbuceó Tristan, con la voz aún ronca.

“Mejor que más que eso no te impresione, glorificado altar sirviente,” refunfuñó Fortuna mirando hacia el techo. “Y considerando que eres de la Scholomance, que se esté cayendo no es tan impresionante como tú crees...”

Tristán salió del salón antes de que su diosa pudiera hacer que los enterraran vivos. Con su mente despejada, se dio cuenta de lo absurdo que había sido arriesgarse al alejarse de los demás, aunque fuera solo un momento. Necesitaba aprender a controlarse. Song tal vez le había hecho un favor, aunque por accidente. Mientras hubiera ojos en su dirección, Scholomance no hubiera podido cambiar mucho, pero—

Fuera del salón, no se encontraba en la antechamber de piedra, sino al final de un largo pasillo. Había cuatro puertas a cada lado y una al otro extremo —abierta— pero lo que capturó su atención fueron las vitrinas que cubrían las paredes. Estaban llenas de cabezas humanas, cuidadosamente conservadas y exhibidas. Hombres y mujeres, en su mayoría mayores. Todos lucían coronas. Algunas en plata, otras en oro, y unas pocas en hierro que— Tristan apartó la vista con fuerza.

Scholomance quería distraerle, no podía permitir que lograra lo que buscaba.

Corrió por el pasillo, dirigido hacia la puerta abierta. Esa puerta todavía debía conectar con la misma sala, ya que había personas allí dentro que impedían que Scholomance la moviera. Apenas estaba en la mitad del tramo cuando un movimiento a su derecha le hizo alcanzarse al cuchillo. Pero era un hombre con capa negra, no un lemur ni un demonio. Un hombre grande, de Someshwari, con la barbilla tatuada. Además de la espada y el mosquete de siempre, llevaba en la cadera una maza de madera de forma inusual. Parecía casi una botella hecha de madera.

“Ahí estás,” gruñó el vigilante. “Vamos, antes de que te mates.”

Tristán observó la puerta al final del pasillo. Entonces, era un truco. Scholomance había creado todo ese pasillo para que uno se sintiera inclinado a seguir su extensión, cuando en realidad la puerta verdadera estaba a punto de pasar por alto sin notarla. La escuela era astuta, exactamente como el profesor Sasan les había advertido. Siguiendo al hombre con capa negra, encontró una

antechamber de piedra muy similar a la que había visto antes: aunque ahora había dos puertas, y ambas estaban cerradas.

“¿Y los demás?” preguntó el ladrón.

Había salido antes de que Maryan tomara su turno. Tal vez sus talentos le permitirían afrontar la experiencia mejor que él, pero también podrían volverla mucho peor.

“El capitán entró en shock después de vomitar,” respondió el hombre. “La están llevando con urgencia al hospital.”

Tristán respiró profundamente.

“¿Todos se quedaron?” preguntó.

Hasta a sus propios oídos, su tono sonaba lastimero. Como el berrinche de un niño llorón. Necesitaba dominarse. El hombre con capa negra pareció divertirse.

“No te preocupes, no estamos perdidos,” dijo.

Sacó un pequeño dispositivo de latón que parecía una mezcla entre reloj y brújula, demasiado grueso para ser un reloj, pero con muchas engranajes para una brújula. Dentro, Tristan vio dos agujas gruesas. Una apuntaba hacia la puerta a su izquierda, la otra detrás de ellos.

“¿Tristán, cierto?” preguntó el hombre.

Asintió con la cabeza.

“Dev,” se presentó el vigilante. “Esta es una brújula cardinal sin rosas, aunque normalmente las llamamos cardenales. Tu cabal la recibirá hacia fin de año — apunta a una parte de Scholomance determinada por la aguja, en este caso, las puertas principales.”

“¿Y funciona?” preguntó Tristán, escéptico. “¿No cambiará Scholomance los caminos para mantenernos alejados?”

“Mantener eso así para siempre requeriría más poder del que tiene,” le explicó Dev. “La escuela necesita tiempo y esfuerzo para desplazarse, así que si sigues la aguja y eres cuidadoso, todo lo que Scholomance logrará será hacer el camino un poco más largo.”

El dios en las paredes no era todopoderoso, entonces. La profesora Sasan había insinuado que alimentaba de generaciones de estudiantes, pero ya debía haber pasado por lo menos un siglo desde que la escuela cerró. Quizá solo estuviera sintiéndose hambriento, y más débil por ello.

“Eso mismo hacía el Capitán Yue,” comprendió.

El anciano asintió.

“Los navegantes lo hacen mejor,” admitió Dev con tranquilidad. “Su Signo les permite ‘ver’ un poco hacia adelante, así que la escuela no puede cambiar de sala tan cerca como puede hacerlo con nosotros. Es probable que nos tome más tiempo regresar, aunque si tenemos suerte, podríamos estar lo suficientemente cerca como para que el capitán pueda desviarse y buscarnos.”

El hombre de ojos grises gimió. Ese dispositivo era muy útil, y explicaba las recompensas que Song había mencionado que ocurrían en Scholomance. Con una herramienta así, una cábala que entrara a cumplir con su misión no simplemente desaparecería en las profundidades para ser devorada.

“Entonces, si la aguja principal apunta a las puertas, ¿para qué sirve la segunda?” preguntó Tristan.

Dev se encogió de hombros.

“No tengo ni idea,” dijo con indiferencia. “El último usuario probablemente olvidó volver a ponerla en su lugar. Podría llevar a cualquier parte, en realidad.”

Tristan se esforzó en hacer una mueca. Esa respuesta, pensó, había sido demasiado casual, demasiado práctica. El ladrón no podía permitirse actuar impulsivamente, así que debía encontrar una estrategia. Provocar una reacción. ¿Fingir que se iba corriendo? No, eso sería demasiado evidente y potencialmente un error. ¿Hacer una pregunta que guiara la conversación? Se había ido tan rápidamente que tenía muy poco con qué trabajar. Aunque... Scholomance podía emitir sonidos, por lo que probablemente también podía matarlos, pero la reacción instintiva aún estaría allí.

“Deberíamos llamar a los demás, a ver si están lo suficientemente cerca para escuchar,” sugirió Tristan con apatía.

La expresión de Dev se tenseó apenas unos instantes antes de suavizarse. Maldición.

“Siente la libertad de intentarlo,” se encogió de hombros el centinela. “Quizá funcione.”

Tristan sonrió de nuevo, confiando en la calma y en la paciencia.

“Gracias,” dijo, girándose hacia la puerta como si fuera a llamar a gritos.

Mientras tanto, ocultaba su mano bajo su capa, alcanzando su cuchillo, y solo captó un destello de movimiento, que fue suficiente para decidir entre recibir un golpe en la cabeza o en el hombro. Tristan gritó de dolor, retrocediendo con una mueca mientras el centinela retiraba su mazo de madera.

“Malditas Mascaras,” pronunció Dev. “Debería haber pedido doble por uno de ustedes.”

“¡AYUDA!” gritó Tristan, sacando su cuchillo.

El centinela resopló.

¿Crees que Scholomance dejaría que eso saliera a la luz cuando estamos luchando?, pensó. No, quiere sangre en el suelo. No te salvará, muchacho.

Pero aún valía la pena intentarlo.

Dev tenía un pie sobre él y era tan corpulento como un oso. La grasa en su vientre era notable, pero también tenía músculo, y esa era la peor clase de enemigo para alguien que usaba un cuchillo. Incluso si lograba dar un buen golpe, sería difícil que fuera mortal. Necesitaba incapacitar alguna extremidad, pensó Tristan, retrocediendo incluso mientras el centinela giraba su mazo y avanzaba. Acortar la distancia sin que lo golpearan sería complicado, dada la mayor alcance del guardián, pero era su única oportunidad. Tal vez una distracción, un-

La vacilación le costó. Dev cargó de repente, bajando su arma, y el ladrón retrocedió otra vez — solo que fue una finta y el centinela giró su muñeca, lanzándose hacia adelante y golpeando a Tristan en el costado de la cabeza. Maldiciendo, con la visión borrosa, intentó golpear el brazo del hombre, pero solo logró arañar su grueso abrigo. Entonces fue golpeado en el estómago. Tristan se desplomó con un jadeo, pero a través del dolor vio una apertura y sacó su pistola. La apuntó al pecho del guardián y apretó el gatillo justo cuando el mazo golpeaba el arma, haciendo que se escapara de sus manos.

El disparo se escapó salvaje, la pistola giró por el suelo y Tristan fue alcanzado en el vientre una vez más. Esta vez se convulsionó al sentir que caía de rodillas, empezando a vomitar, pero Dev lo empujó para que mirara hacia arriba. Se esforzó con sequedad, la bilis casi sin abandonar su garganta, y el gran someshwari resopló al ver la escena mientras levantaba su macana—

Tromba, humo.

—

La mosquetera de patrón Zhangshou era de calibre menor que la arma estándar de las Repúblicas, el Jifeng, pero ¿disparar tan de cerca a un objetivo inmóvil?

La rodilla del centinela reventó como un tomate dejado al sol demasiado tiempo.

Song, con la mente aún clara y firme como un estanque helado, acertó la distancia incluso mientras el hombre que atacaba a su cabalista caía de rodillas gritando. Él se giró a medias, golpeando detrás de él con la macana de barro, pero fue un aleteo ciego. Song giró su mosquetón, golpeando con precisión la parte trasera de su cabeza con el culatín. El hombre cayó como un saco de arroz. Desde el rincón de su visión, vio que Tristan se había puesto a cuatro patas, pero sus ojos todavía estaban descentrados. El centinela someshwari gimió, alcanzando la mosqueta que había dejado caer, pero ella la pateó lejos.

—¿Tristan?— llamó ella.

Apenas reconoció su propia voz. Sonaba como la de otra mujer—débil, vacía.

—Vivo—, dijo el ladrón, lamiéndose los labios y frunciendo el ceño—. Esto lastimará, pero nada permanente.

—Eres unEso sin honor—, dijo el centinela en el suelo—. Desde atrás.

Song arrojó su mosquetón, alcanzando su espada y sacándola con destreza. Mano y torso en el ángulo correcto, con precisión milimétrica. Su mano estaba en el cincel.

—¿Qué pasó?— preguntó ella.

—Nuestro amigo Dev aquí dijo que todos ustedes habían pasado adelante y que debía seguirlos—, respondió Tristan, poniéndose a gatas—. Olí una trampa, y viste cómo iba la pelea que se desató.

Con él siendo completamente golpeado. ¿Qué había estado haciendo el centinela? ¿Era siquiera el mismo soldado de antes, o esta maldita escuela había infiltrado un falso que—

—Mencionó que le pagaron—, añadió el hombre de ojos grises.

La recompensa, pensó Song. Esto no era una trampa de la Scholomance ni el soldado enloquecido—se trataba de esa maldita recompensa que alguien había puesto sobre la cabeza de Tristan.

—Sin honor—, dijo ella al hombre tendido, incredula—. Tú me llamas sin honor cuando intentas vender a uno de nosotros —y ahora, en toda la extensión de las horas y días.

Aún podía sentir la hierba contra sus piernas, saborear el humo del papiro en forma de grulla a través del vómito en su boca. Song todavía veía el desprecio en los ojos de su hermana, cómo lo merecía. Y ahora esto, esta absoluta— Dev, aún con el rostro contra el suelo, se echó a reír.

—Mocosas de cuchara de plata—, gimió—. Lo que siempre les ha sido dado, nada más.

De repente, se abalanzó buscando la macana que había dejado caer. El hielo se partió. Se atrevió, todavía se atrevió. Song gruñó y blandió, con un ángulo perfecto y la muñeca ágil y entrenada— nada tan satisfactorio como el fuerte golpe que dio su espada al atravesar la mitad de los dedos de esa mano. Él gritó y retrocedió la mano destrozada. Sin pestañear, ella le pateó el vientre y le arrebató su espada antes de lanzarla a un rincón. La macana le siguió en un momento.

Debió haber hecho eso desde el principio. Song necesitaba concentrarse, dejar de cometer errores que le costarían a todos a su alrededor.

—No puedes —suspiró Dev—. Soy guardia, no puedes—

—Eres un cadáver, a menos que hables —dijo Tristan, aún de rodillas—. ¿Quién te pagó?

Sus ojos estaban agudos ahora. Estaba completamente concentrado allí, igual de incómodo por eso como ella. Dioses, Song solo había salido a buscarlos porque no podía soportar ver cómo sangraba Angharad. Los ojos oscuros de Dev se desviaron hacia el ladrón, temerosos, y luego a Song. Ella

levantó su brazo, todavía goteando sangre de su filo afilado.

—No lo sé —juró el hombre—. No hubo nombres. Me pagaron para llevarlo a la puerta oeste, vivo.

Tristan se estremeció, murmurando algo acerca de una 'segunda aguja', pero eso no era lo que Song necesitaba. Apoyó la punta de su espada en la garganta del herido. Sin hender la carne, solo presionando. Una amenaza medida; su mano estaba sobre el cincel.

—Necesito descripciones —ordenó.

—Llevaban capuchas —dijo Dev, luego se apresuró al ver su rostro—. Eran jóvenes, estudiantes. Uno parecía de Izcalli.

Esperó un momento más a que continuara. Él no lo hizo. No pudo evitarlo: Song se echó a reír con incredulidad.

—¿Eso es todo? —dijo—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Su mano apretó el mango de su espada hasta doler. Sangre en su hoja, su Máscara destruida, y ¿todo lo que pudo conseguir a cambio fue esto? Cristales hechos añicos, como vidrios rotos.

—Uno parecía de Izcalli —se burló con una voz profunda—. ¿Alguna idea de cuántos estudiantes de Izcalli hay en esta isla, tú— —Antigua la falló— —gouzazhong.

—Song —dijo Tristan, de pie de manera casi automática—. No deberíamos—

—¿Crees que soy una tonta? —intervino Dev, frunciendo el ceño y mirándola altivamente—. ¿Crees que esto no quedará en tu expediente? ¿Que la mancha no te seguirá el resto de tu vida? —

Y él tenía razón, empezó a comprenderla. Sería su palabra contra la de él, y aunque confiaba en que saldrían bien librados en la investigación, el incidente se agregaría a su historial. Ella había disparado a un guardia por la espalda. Todos los oficiales superiores que pudiera tener sabrían que había herido a alguien vestido de negro. ¿En quién confiaría después de eso? ¿Quién le permitiría estar a su lado?

Song ya había visto lo terrible que sería luchar contra la corriente, y ahora, a solo minutos de aquel lugar, de alguna manera, lo empeoraba todo. No había aprendido nada, convertía todo aquel dolor y pena en algo sin sentido.

Rasguño.

—De tu vida —se rió el hombre—. Estás jodido, mocososo, tú—

Su mano se resbaló.

No fue un golpe de un duelista o un soldado: su hoja atravesó el rostro del hombre como un cuchillo de carnicero.

—Basura —gruñó, arrancando su espada y golpeando de nuevo—. Roca vieja, tú—

Song gritó y atacó otra vez. Y otra, y otra, y otra más. La había acorralado, terminado con su carrera. Solo cuando su brazo dolía y su respiración era entrecortada, la joven de ojos plateados cayó de rodillas, sollozando, con los dedos apretados alrededor del cincel que había usado para arruinar al guardia. Éste ya no se movía. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Alguien se agachó del otro lado del cadáver, y de pronto recordó que Tristan estaba allí. Había estado allí todo el tiempo.

—Oh —susurró ella, exhalando suavemente.

Era grave, pero ella no podía resentirlo. Estaba completamente agotada, como un trapo exprimido.

"Oh," repitió él, casi con suavidad. "Hola, Song Ren."

Sus labios se fruncieron.

"No soy un animal salvaje," dijo, tragando saliva. "No necesito—"

No le quedó palabra en la garganta. El hombre de ojos grises negó con la cabeza, sus cabellos castaños ondulando.

"Te saludo," dijo Tristan, "porque acabamos de conocernos por primera vez."

Sus puños se cerraron con fuerza.

"Yo no soy esto," siseó ella.

"Eso somos todos," respondió él. "El resto es solo lo que envolvemos para que el nervio no quede expuesto."

La última chispa de rabia retrocedió como la marea, dejando tras de sí una larga orilla de angustia y horror. Dioses, ¿qué había hecho? Tristan se levantó lentamente, con precaución.

"Es un fracaso," gimió Song. "Solo venía a buscarte, no a—"

El ladrón se agachó y se inclinó hacia adelante, revisando el pulso en el cuello de Dev. Era como comprobar que un cerdo asado estuviera ruborizado. La sangre por todas partes, incluso en el cuello, y tras retirar la mano Tristan limpió su dedo con la ropa del vigía.

"Tenía razón," soltó Song, con un sabor amargo en la boca. "Esto estará en nuestros expedientes. Nos seguirá a donde sea que vayamos."

"Él lleva una brújula cardinal con una aguja que apunta a la puerta oeste," dijo Tristan. "Eso dará peso a nuestras palabras si decimos que intentó atraparme y llevarme allí."

"No es suficiente," respondió ella cansada. "Tendríamos que atrapar también a quienes lo esperaban, y a menos que sean unos tontos, no lo haremos."

Por un momento lo meditó, considerando cómo informar al capitán Yue. La otra parte no estará simplemente de centinela frente a la puerta, como unos idiotas, sino vigilando desde la distancia. Huirán al ver la señal. Y no contamos con nadie que parezca Dev, ni siquiera de lejos, para atraerlos con una carnada. No sería suficiente.

"Será nuestra palabra y una aguja, que no es delito poseer," dijo Song. "No nos expulsarán por ello, pero dejarán una marca en nosotros. Maté a un vigía, Tristan."

"¿Lo hiciste?" preguntó él, en voz baja.

Sus ojos se levantaron rápidamente.

"No puedes estar hablando en serio," exclamó Song.

"Repite después de mí," dijo él. "No nos topamos con ningún vigía. Me encontraste en una trampa y me ayudaste, por eso perdiste tu capa."

Song parpadeó lentamente.

"¿Qué?" dijo ella. "Mi capa está bien."

"No lo está," afirmó Tristan, señalando su pecho. "Hay demasiadas manchas de sangre, incluso si las limpiamos, olfateará. Usa la mía y yo me quedo sin ella."

La Tianxi bajó la vista y tragó saliva. Había trazas de rojo por todas partes y ella ni siquiera se había dado cuenta.

"Lo sabrán," dijo Song. "Cuando vean el cadáver—"

"Él aún está vivo," replicó Tristan. "Tiene pulso."

Eso debería haber sido un alivio, pero le cayó como un golpe en las entrañas. Miró el rostro que había convertido en ruinas y, poco a poco, comprendió que los altos mandos podrían presenciar lo que había hecho en su estado de frenesí. Su profesor. La figura de mayor autoridad en la isla. Song iba a sentir náuseas.

"Esto es importante," dijo Tristan con calma, "para que, si los que dicen la verdad alguna vez nos preguntan si lo matamos, podamos negar que fue así."

Ella lamió sus labios.

"Si él vive—"

"No lo hará," señaló el ladrón, poniéndose de pie. "¿Nos está mirando, Song? Scholomance."

La Tianxi recorrió las paredes y el techo con la mirada, encontrando las volutas de humo que se retorcían a su alrededor, y lentamente asintió. El dios estaba en todas partes, goteando desde las paredes como enredaderas. Bebiendo la violencia que había acaecido allí.

Sé que estás escuchando, dijo Tristan, y no fue hasta que levantó la vista hacia el techo que ella se dio cuenta de a quién se dirigía. “Todavía podríamos matarlo, ¿sabes? Ponerlo fuera de su miseria. Pero te haré un trato: déjanos volver con la Capitán Yue sin ralentizarnos, y lo dejaremos tal como está.”

La mandíbula de Song se apretó.

Eso, dijo ella, “es un destino peor que la muerte.”

¿Ser devorada lentamente por este lugar, pedazo a pedazo? Podía pensar en pocos finales más terribles. Y Tristan vaciló, mirando al vigía. Pero vio algo allí que extinguió su duda como una vela y, de repente, lo gris se tornó acero, implacable.

“Me pregunto,” dijo Tristan Abrascal suavemente, “si también habrían usado cuchillos de plata.”

Volvió a mirar hacia el techo.

“Incluso ataré su rodilla por ti,” ofreció Tristan, “para que no sangre demasiado rápido.”

La respuesta que le dieron no fue una carcajada, no como las que dan los hombres. Era el crujido de madera y el chirrido de los pisos; era el viento atravesando un pasillo vacío y el hierro oxidándose. Era piedra, oscuridad y paciencia. Y se rió como lo hacen los dioses, cuyo eco estremecía sus huesos.

Tristan lamió sus labios.

“¿Song?”

Como una respiración aspirada. Solo así pudo describir cómo había desaparecido la Scholomance. Ni un rastro quedó de ella, aunque de alguna manera Song supo que aún los vigilaba.

“Ya no está,” dijo ella. “No puedo verla más.”

¿Y qué les quedaba por hacer?

Song se deshizo de su capa salpicada de sangre y se coordinaron en sus historias mientras Tristan vendaba la rodilla. Los otros estaban al final del pasillo, tras la puerta abierta donde ella los había dejado.

Ni siquiera tomó un minuto llegar hasta ellos, pero de alguna forma parecieron pasar años.

—

Algo no estaba bien.

Song y Tristan estaban tensos durante el camino de regreso desde Scholomance, pero a Maryam no le parecía importante: ¿quién no lo estaría? Tredegar miraba a lo lejos, sin ver nada, con sangre seca debajo de los ojos mientras seguía en silencio al grupo. Incluso la Capitán Yue parecía inquieta por cómo uno de sus escoltas había sido engañado por Scholomance justo delante de sus ojos, intentando encontrar rastros del soldado con signos, pero sin éxito.

“El movimiento fue agresivo justo después de alimentarse en el Lugar Vacío,” musitó el profesor Sasan. “Eso es inusual. La escuela suele liberar a aquellos a los que se alimenta con la esperanza de que regresen.”

Interrogó a la pareja sobre la naturaleza de la trampa de la que Song había rescatado a Tristan, siendo el hombre de ojos grises quien explicó la mayor parte. Parecía una trampa peligrosa, nada diferente a los rumores que había oído sobre el templo de un dios mecánico que Tredegar y su grupo habían encontrado en el Dominio. Él había tenido suerte de escapar solo con unos golpes, y Song fue lo suficientemente rápida para sacrificar su capa y sacarlo de allí.

El profesor Sasan tenía razón en una cosa, al menos: les tomó menos de la mitad del tiempo salir de Scholomance que alcanzar sus profundidades. La Capitán Yue vigilaba en silencio en busca del soldado perdido durante el regreso, esforzándose tanto que Maryam pudo sentir que su brújula llenaba el aire. Pero Scholomance parecía reacia a expulsar su presa. La señal, lejos de su evidente entusiasmo anterior, parecía casi desdeñosa al atravesar el vestíbulo de entrada y pasar por las grandes puertas.

"Presentaré el informe personalmente", les dijo el capitán Yue. "Es raro que alguien desaparecido vuelva a ser visto, pero debemos intentarlo sin duda."

"Le deseo la mejor de las suertes", dijo Tredegar, con la voz áspera por su largo silencio.

Song permaneció en silencio, simplemente asintiendo, mientras Maryam agradecía al capitán por su ayuda y fingía no notar que Yue intentaba atraer su mirada. Sin duda, la mujer mayor quería interrogarla en cuanto las impresiones estuvieran frescas, pero ella no tenía intención de ir a ningún lado más que de regreso a la cabaña. Algo definitivamente no andaba bien con Song y Tristan: que él fuera más parlanchín con una figura de autoridad era una señal de advertencia, pero que Song ni siquiera se molestara en despedirse vocalmente de la mujer mayor de Akelarre en la isla era otra.

Además, Maryam no podía recordar que se hubieran mirado siquiera en el camino de regreso.

El profesor Sasan y los soldados restantes se despidieron unos momentos después, dirigiéndose de vuelta hacia los muelles, y los cuatro quedaron solos en una extensión de piedra. Las luces del Orrery arriba—dorado y verde, con sensación de madurez para su navegación—fluían perezosamente en rayas, pero de alguna manera el vacío que los rodeaba parecía abrumador. Estar bajo la imponente fachada de Scholomance solo les recordaba lo diminutos que en realidad eran. Tredegar abrió la boca, pero Song la interrumpió.

"De vuelta a la cabaña primero", dijo. "Podemos... tratar las cosas allí."

Después de casi una semana yendo y viniendo a su escondite, apenas hacía falta buscar camino. Cuando atravesaron los terrenos abiertos de un templo saqueado, unos cuantos lemures los siguieron, con forma de lobo y en silencio, pero en cuanto Maryam apuntó su pistola, se dispersaron. Los monstruos parecían cautelosos a atacar sin que fuera una emboscada, y tras unos minutos de seguirlos sin oportunidades, abandonaron la persecución.

El largo ascenso por las escaleras pareció corto, tanta era su ansia por volver a la seguridad de las paredes; y no era la única con prisa. Tredegar mantenía el paso y, en varias ocasiones, reducían el ritmo para no dejar atrás a las otras dos, que, a simple vista, estaban a solo unos pasos, pero aun así se comportaban como si que rozar sus codos los convirtiera en sal.

El silencio tenso que los había envuelto en el camino de regreso persistió incluso cuando guardaron armas y capas y se dirigieron a la sala de estar. Nadie quería ser el primero en hablar, sospechaba Maryam. Song se dedicó en silencio a preparar una tetera, mientras Tredegar se sentaba a la mesa de la cocina, mirando sus manos, y Tristan se mantenía en el umbral de las ventanas, observando el jardín. Ella fue a acompañarlo, dejando a los demás por ahora.

"Preferiría preguntar cómo estás", dijo Maryam en susurro, "pero supongo que la respuesta será la misma para todos nosotros."

En realidad, no tenía muchas ganas de conversar, pero ella había sido la que menos tiempo había estado en la habitación. La que sufrió menos. Era su deber cuidar de los demás.

"Mirando atrás, cometí errores", reflexionó Tristan. "Detalles que estaban mal. Pero cuando estaba dentro, no importaba."

"Eso afectó nuestra mente", estuvo de acuerdo Maryam.

Él inspiró lentamente, con poca profundidad.

"El Lugar Vacío", finalizó el hombre de ojos grises. "El Lugar Vacío. Me pregunto por qué le llaman así."

Una suave risa. Ambos se volvieron hacia su origen: Angharad Tredegar los observaba.

"¿No es evidente?" preguntó. "Esa habitación está vacía. Solo puede contener lo que tú hayas llevado allí."

Maryam tuvo a punto una réplica afilada en la punta de la lengua, pero la tragó. La mirada de Tristan permaneció unos instantes más sobre la noble, luego se volvió sin responder. Al ver que era un callejón sin salida, Maryam se acercó a la mesa. No era una pardoner, llena de amor y perdón, así que se sentó en frente de Tredegar en lugar de a su lado. La Izvorica abrió la boca, pero fue interrumpida con un gesto de la cabeza.

“No digas,” dijo Tredegar. “Solo estuviste allí unos momentos, ¿no es así? No finjas haber pasado por lo mismo.”

“Ninguno de nosotros pasó por lo mismo,” respondió Maryam, no con dureza. “Esa era la intención.”

“No es eso lo que quería decir, y tú bien lo sabes,” replicó Tredegar con franqueza.

Estaba más nerviosa de lo que la Izvorica había notado, si estaba dispuesta a hacer declaraciones sobre lo que otra persona sabía—los Pereduri habitualmente evitaban esas cosas, por costumbre de no mentir ni siquiera en la esquina más pequeña. Maryam levantó las manos en señal de concesión. Song llegó bruscamente, colocó el hervidor de hierro sobre la mesa y pronto se unieron tres tazas más, la Tianxi sirviéndose la primera sin decir palabra. Tristan, atraído por la reunión, levantó una ceja.

“¿Una taza para mí?” bromeó.

Siempre rechazaba la oferta, aunque era cierto que Song solía ofrecerla.

“No,” espetó la Tianxi con irritación.

La ceja de Maryam se alzó ante el tono. Tredegar pasó distraída la mano por sus trenzas.

“Puedes quedarte con la mía,” ofreció la mujer de piel oscura, empujándosela en dirección.

Tristan estuvo a punto de rechazarla, vio la Izvorica, pero entonces Song tomó la taza y la regresó al centro de la mesa.

“Ni una taza,” dijo Song secamente, “para ti. Después de lo que tú—”

Suspiro profundamente. Tredegar frunció el ceño, sus ojos moviéndose entre ellas.

“¿Qué hiciste, Tristan?” preguntó.

Maryam pudo oler la pólvora en el aire.

“Deberíamos descansar,” declaró con firmeza. “Hablemos de todo esto cuando tengamos una noche de sueño encima.”

Nadie le respondió, pero tampoco dijeron nada más, así que fue mejor de lo que ella había esperado. Tristan, que aún no se había sentado, se volvió, seguramente para regresar a su puesto en la torre.

“Al menos, come algo primero,” pidió Maryam. “Debemos alimentarnos antes de—”

“Basta.”

Se volvió y encontró la expresión de Song como una máscara de fría indiferencia.

“Déjalo escapar,” ordenó. “No tengo estómago para sentarme en una mesa con él y fingir que nada ha pasado.”

Tredegar se levantó lentamente.

“Insisto de nuevo. ¿Qué sucedió?”

No parecía dispuesta a dejarse convencer para no responder, y en ese preciso momento, Maryam pensó, fue cuando la pólvora saltó.

“Sí,” dijo Tristan con tono tranquilo. “¿Por qué no les cuentas qué pasó, Song, si estás tan parlanchina?”

“El soldado no desapareció,” explicó Song. “Lo maté para salvar la piel de Abrascal, y me convenció de entregarle el cuerpo a Scholomance.”

“¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿Eso te lo “convinci” tú????” criticó el hombre de ojos grises con desprecio. “Yo dije que debíamos entregarlo al capitán. Tú eras la que se angustiaba por una marca en tu expediente. Todo lo que hice fue limpiar el desorden.”

—¿Le mentiste al Capitán Yue? —preguntó Tredegar, con una expresión de asombro.

—Faltan, pensó Maryam, que la pareja había alimentado a un hombre aún vivo a Scholomance. Eso era... Sus puños se cerraron con fuerza. El guardia debía haber intentado delatar a Tristan, leyendo entre líneas. No sentiría compasión por los traficantes de esclavos, por muy terrible que fuera su destino.

—Yo enfrenté al hombre para defender a un subordinado —dijo Song con franqueza a los Pereduri—. Si tuviera pruebas suficientes, las habría presentado, pero no las tenía.

—Eso —dijo Tredegar con tono sereno— no responde a mi pregunta.

—Hice lo que fue necesario para salvar su condenada vida, Angharad — replicó Song con dureza, señalando a Tristan.

—¿Y qué vale eso, cuando tú fuiste la causa del peligro? —rió el ladrón—. No soy yo quien decidió arrastrarnos a esa habitación de locura por unos puntos en un tablero, Song. O para que uno de nuestros escoltas sea sobornado para—

—Porque tú jamás decides nada, Tristan —gruñó Song—. Solo te sucede a ti. Como una desgracia, porque eso eres. Un niño que lleva la correa de un dios calamidad, engañado hasta el extremo por pensar que es él quien maneja las riendas, cuando en realidad solo provoca caos a su alrededor.

Ella rodeó la mesa y se acercó a él, indicando con un dedo su pecho. En los ojos del Sacromontano, Maryam percibió una promesa de violencia. ¿Aún llevaba un cuchillo? No podía arriesgarse, avanzó un paso.

—Tenemos enemigos como pulgas, nos tropezamos en todas partes y ahora he matado a un guardia —gritó Song—. Lo tenía todo planeado, Tristan. Todo estaba en marcha, y desde que te encontré, todo ha ido a—

Maryam apartó la mano de Song, fortaleciendo su espíritu ante la expresión de traición que ella misma había ganado.

—Basta —dijo—. Tus palabras van más allá de lo que realmente crees, Song.

—No —dijo Tristan, en voz baja y con amargura—. Vamos a enfrentarlo de una vez, Maryam. Reconozcamos que el Capitán Ren nos está espiando con nuestros secretos más íntimos, ¡los secretos de todos en todo momento! —pero debemos fingir que nada sucede.

Se rió con desprecio.

—Ni siquiera sabes leer una habitación, aunque tengas ojos mágicos. Un dios calamidad, imbécil —dijo—. ¿Mi diosa ni siquiera puede dislocarse un hueso y, de repente, ahora es ella quien hace que todo se vaya al carajo a tu alrededor?

Se inclinó,

—Si quieres la razón de tus tropiezos, busca un espejo —sugirió—. Solo déjame fuera de eso. No llevaré esa maldita carga por ti, Ren.

Si Song aún tuviera su espada, Maryam sabía con certeza que habría desenfundado. La ayuda, en el lugar más inesperado, llegó de Angharad Tredegar.

—Tristan, por favor, detente —dijo la noble con firmeza—. Song cometió una grave falta al hablar de tu contrato, pero las acusaciones sin fundamento—

—Es un hecho que ella está maldita —interrumpió Tristan—. Necesita purgar esa maldición. ¿No, capitán?

El rostro de Tredegar se cerró y dirigió una mirada dura a la Tianxi.

—¿Es esto verdad, Song? —preguntó.

—¿Qué importa? —respondió Song.

—Hemos sufrido muchas adversidades desde que llegamos —dijo la mujer de piel oscura—, y nunca nos informaste que estabas maldita.

Tredegar apretó los dientes.

—¿Cuántas de nuestras derrotas derivaron de ello?

—Eso no es así —intervino Maryam con contundencia—. La maldición permanece en ella, no en los demás.

—¿Lo sabías? —preguntó Tredegar, luego negó con la cabeza—. Claro que sí. Y perdóname, Maryam, si no doy por cierta la opinión de una mujer que ni siquiera discutió cuando fue apodada como el peor signo en Tolomontera.

Las uñas de Izvorica mordían la palma de su mano con intensidad.

—¿Quieres una razón por la que hemos tenido problemas? —preguntó Maryam con frialdad—. Probablemente no ayudó que te enfadases con la secta más influyente, justo horas después de poner pie en el puerto.

—Protegí a un amigo y aliado —respondió Tredegar con la misma dureza—. Y aunque pudo haber habido consecuencias, al menos actué. ¿Qué es exactamente lo que tú has hecho, Maryam Khaimov?

Ella se inclinó hacia adelante.

—¿Puedes nombrar una sola contribución que hayas hecho a la Decimotercera? —preguntó—. Que yo vea, todo lo que has hecho ha sido morderme los talones y luego ser expulsada de tu propia clase de pacto.

La mandíbula de Maryam se tensó, más firme aún por su falta de respuesta.

—No está equivocada, fue un movimiento desafortunado antagonizar a la Novena —dijo Tristan—. Nos recuperamos, pero—

—Has sido detenida, has cometido actos de incendio intencionado y en menos de una semana has sido atacada en dos ocasiones —dijo Angharad con calma—. No me enseñes lecciones sobre problemas, Tristan Abrascal.

—Mis decisiones no traen consecuencias a toda la brigada, Tredegar —replicó él, completamente impasible—. Ese enfrentamiento sí. No se trata de las cuchillas, sino de que elegiste enfrentarte a ellas por todos nosotros.

—¿Entonces disparé a ese vigilante por placer, Abrascal? —Sonrió con sombras—. Tú traes consecuencias en abundancia.

—No elegí que esa recompensa fuera puesta en mi cabeza —gruñó—. ¿Vamos a empezar a contar a los enemigos como si fueran nuestros propios actos, Song? Porque por malas que hayan sido las mías, al menos no cuento a uno de nuestros profesores entre ellas.

Manos apretadas en puños, rostros enrojecidos. La situación se escapaba de control.

—Esto no ayuda en nada —dijo Maryam.

—Qué conveniente —rió Tredegar— que tú digas esas palabras.

—¿Podrías dejar de decir esas cosas? —susurró Maryam—. ¿Cómo se supone que debemos seguir trabajando como una brigada después de esto?

La noble frunció el ceño con desdén.

—¿Hemos llegado a eso? —preguntó—. Pensé que sí, pero parece que me han engañado por completo.

Angharad Tredegar respiró profundo.

—Me había dicho a mí misma que no volvería a dejarme engañar por mentirosos sonrientes —dijo—. Es demasiado tarde para no ser víctima, pero al menos puedo evitar seguir cometiendo ese error.

Y así, sin más, dio la vuelta y se alejó. Maryam observó, realmente sorprendida, mientras la Pereduri caminaba hacia la puerta. Tomó su capa, su sable y su pistola, y sin mirar atrás salió a la noche. Los tres se quedaron en silencio, sorprendidos, contemplando aquella puerta abierta, hasta que Song soltó una carcajada amarga.

—Bueno, al fin has conseguido lo que querías —dijo—. Ella se ha ido y tú te quedas.

Antes de que Maryam pudiera responder, la Tianxi, llena de ira, levantó la olla de hierro y la arrojó contra la pared con un grito de rabia. Se abolló, derramando té por todas partes, mientras Song subía corriendo las escaleras. Izvorica permaneció allí, asimilando esa última pulla, y pasó una mano por su rostro. Podía sentir a Tristan allí, dudando qué hacer.

—Esta noche iré al capítulo —dijo Maryam—. La única manera en la que lograré dormir un sueño será en un Prado.

—Puedo acompañarte—

—No —contestó, abriendo los ojos justo a tiempo para ver cómo resquebrajaba su expresión—. Necesito estar sola, Tristan.

Él asintió.

—Por supuesto.

Maryam se obligó a no fijarse en la expresión en sus ojos cuando pronunció esas palabras.

Podría decidir mañana con quién está más enojada.